

Más maquiaveliano que maquiavélico:  
La presencia de *El príncipe*, los *Discursos sobre la primera década* de Tito Livio y *La vida de Castruccio Castracani* en *El político Don Fernando el Católico* de Gracián\*

Machiavellian rather than Machiavellic: the Presence of *The Prince*, *Discourses on Livy* and *Life of Castruccio Castracani* in Gracián's *The Politician King Ferdinand the Catholic*

Miguel Saralegui Benito

Universidad Adolfo Ibáñez

miguelsaralegui@gmail.com

ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-9321-5937>

RESUMEN

Uno de los objetos más habituales de la bibliografía sobre Gracián consiste en el estudio de la presencia del maquiavelismo en su obra. Ha sido frecuente considerar al jesuita aragonés como un autor proclive al maquiavelismo. Además, en esta extensa bibliografía, se ha privilegiado el estudio general del maquiavelismo frente a la recepción de ideas concretas de Maquiavelo en el corpus de Gracián. En este artículo, quiero estudiar el modo como *El político Don Fernando el Católico* incluye ideas de *El príncipe*, los *Discursos* y *La vida de Castruccio Castracani*, lo que constituye una completa novedad bibliográfica. Entre otras, las ideas que Gracián comparte con Maquiavelo son las siguientes: la teoría de la ocasión y del *riscontro*, la división de los políticos entre impulsivos y cautos, el criterio para evaluar las acciones de un político y el modo de escribir una biografía política. De este modo, más que un autor maquiavélico, Gracián aparece retratado como un autor que comparte con el Secretario florentino una gran número de convicciones, muchas de ellas completamente alejadas del Maquiavelo inmoral.

---

\* Agradezco los comentarios que a una versión previa de este artículo han realizado los profesores Paul Grendler y Jorge Checa. Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación «Republicanismos, fiscalismos, regalismos, adhesiones y disidencias en el pensamiento político hispánico en la Alta Edad Moderna (siglos XV al XVII)» (HAR2013-45788-C4-3-P) dirigido por Francisco José Aranda Pérez.

**Palabras Clave:** Nicolás de Maquiavelo; Baltasar Gracián; Maquiavelismo.

## ABSTRACT

One of the most common topics in Gracián's bibliography is to study the influence of machiavellism in his works. It has been usual to stress Gracián's machiavellism. In this large bibliography, more attention has been paid to describe Gracián as a machiavellian than to study how particular ideas and works of Machiavelli are present in his works. In this article, I want to describe how *El político Don Fernando el Católico* includes ideas from *The prince*, the *Discourses* and *The life of Castruccio Castracani*, a work neglected by Gracián's scholars. Among others, the ideas that Gracián shares with Machiavelli are the following: the theory of occasion and *riscontro*, the division of the politician character between impulsive and prudent, the criterion to evaluate political success and the method to write a political biography. The result of my research shows that Gracián, instead of being a purely machiavellian thinker, shares with Machiavelli a great number of ideas, many of which have nothing to do with the immoral Machiavelli.

**Key words:** Niccolò Machiavelli; Baltasar Gracián; Machiavellism.

## I

El maquiavelismo de los antimaquiavélicos es uno de los intereses más frecuentes y paradójicos de los estudios sobre la recepción española del pensador florentino<sup>1</sup>. Desde el momento en que se comenzara a estudiar la lectura que de Maquiavelo habían emprendido los pensadores políticos españoles, se creyó percibir que, escondida tras un aparente rechazo, bullía una doctrina política inesperadamente cercana a aquello que se decía despreciar. En los antimaquiavélicos se habría infiltrado el veneno de Maquiavelo. No puede sorprender, entonces, que en el prólogo a la primera traducción española de *El príncipe*, publicada anónimamente en Madrid durante el trienio liberal, se recuerde la amplia nómina —aunque no se cite a nuestro Gracián— de maquiavelistas —*maquiavélico* parece neologismo más reciente— que se puede incluir en la tratadística española del Siglo de Oro:

Maquiavelista puro fue Antonio Pérez, cuyas luces sin embargo se disputaban a porfía la España y la Francia en el siglo XVI: maquiavelistas puros han sido todos los ministros y escritores famosos de Europa, que por aquella época y las posteriores fueron formándose sucesivamente en la escuela de Italia, como los Richelieu, Mazarino y D'Ostat de Francia; los Alberoni, los Covarrubias, Bobadilla,

---

<sup>1</sup> Debido a que ya en el XIX se recuerda el carácter maquiavélico de muchos antimaquiavélicos, no se puede compartir la interpretación que Maravall hace de este episodio: «De ordinario, ha sido el solo aspecto del antimaquiavelismo de los tratadistas españoles lo que ha llamado la atención, añadiéndose algunas alusiones a juicios o consejos de inspiración más o menos maquiavélica, que aparecían en ciertos escritores» (Maravall, 1999: 41-42).

Barrientos, Saavedra y Márquez de España (Anónimo en Maquiavelo, 1821: V-VI).

Principalmente, por dos motivos esta indirecta influencia ha llamado la atención de los historiadores. Como es la intención del citado prólogo, se querrá desenmascarar a aquellos inmorales disfrazados de píos<sup>2</sup>. Si bien esta lectura es respaldada por una extensísima tradición, que no se puede considerar del todo agotada, una segunda interpretación de este proceso ha adquirido prestigio —hoy se puede considerar mayoritaria— desde la segunda mitad del siglo XX. A través de este oblicuo maquiavelismo, se reivindicará la conexión entre el pensamiento político hispánico y la Modernidad europea. Aunque no se le puede considerar el iniciador de esta lectura, Maravall ha sido su promotor más conocido:

Creo que éstos son los principales argumentos que en España, paralelamente a lo que sucede en Francia y en Italia, se manejan en la polémica de los antimaquiavelistas. En ellos mismos, nos es posible comprobar más de una vez lo que hay de aceptación, no ya de máximas singulares y aisladas del maquiavelismo, sino del plano en que Maquiavelo acertó, relativamente a las condiciones de la época, a colocar la reflexión política (Maravall, 1999: 71-72)<sup>3</sup>.

Junto con Diego Saavedra Fajardo —ya mencionado en el anónimo prólogo—, Baltasar Gracián es el autor al que, con mayor constancia, se le ha acusado de maquiavelismo encubierto<sup>4</sup>. Previsiblemente la relación del jesuita

---

<sup>2</sup> Anónimo en Maquiavelo (1821: V): «máxima que se encuentra adoptada en todos los tiempos por todos los gabinetes de Europa, proclamada y recibida por casi todos los publicistas españoles y esto a pesar de la hipocresía mañera con que se han proscrito las obras y aun el célebre nombre del primero que la estableció como un dogma político».

<sup>3</sup> Si bien en un marco más amplio que el del antimaquiavelismo, ya en 1941 Legaz y Lacambra (1941: 329) insistía en el contexto europeo en el que se encontraban inmersos los teóricos políticos del Siglo de Oro: «Demuestra esto que no solo poseyó España un pensamiento original, sino que estuvo al corriente de la literatura política más representativa de su tiempo, frente a la cual adoptó, por lo demás, una actitud de consciente oposición (movida por una conciencia religiosa y una conciencia histórica específica), sin perjuicio de que, en cierta medida, sufriese la inevitable influencia de aquellas mismas ideas que decididamente combatía. Eran, en efecto, dos ideas del Estado que se enfrentaban; pero ambas tenían de común el ser cabalmente dos intentos de realizar el Estado moderno: era, por consiguiente, una rivalidad en el mismo terreno de la modernidad». La obsesión «modernizante» de esta generación también la refleja Tierno Galván (1961: 6): «El intelectual barroco español coincide, en el estrato profundo de las tendencias generales, con el intelectual europeo, aunque la peculiar cultura española, que se identifica de ordinario con la Contrarreforma, se oriente hacia Concepciones del mundo distintas. Gracián y Descartes coinciden. Las ideas claras y distintas son el fundamento de su ambición intelectual».

<sup>4</sup> Tiene toda la razón Checa (2003: 309), cuando afirma: «Sin embargo, la última paradoja acaso radique en que quienes se aventuran a escribir sobre la disimulación suelen in-

aragonés con Maquiavelo ha sido un objeto de estudio privilegiado en la bibliografía graciána. Si bien existen intérpretes que ven en Gracián a un crítico del pensamiento de Maquiavelo, la lectura maquiaveliana de Gracián sigue siendo la predominante. Testimonio especialmente revelador de esta inclinación se encuentra en el intercambio entre César Silió y Antonio Goicoechea mantuvieron a propósito del discurso de entrada del primero en la Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1941<sup>5</sup>. El candidato Silió compara la actitud política de Saavedra Fajardo y de Baltasar Gracián con el pensamiento de Maquiavelo:

En las obras [...], jamás resuena el clarín quevediano de *La política de Dios* [...] que sobrecogen con sus notas vibrantes a los príncipes y potentados de la Tierra. Ni es tampoco Gracián, como Saavedra, contradictorio y fluctuante, alternador de una de cal y otra de arena. Las faltas del preceptismo gracianesco no están en que resulte contradictorio, como no lo es tampoco Maquiavelo. Lo que se puede discutir e impugnar es su validez, su eficacia y su calidad ética. La doctrina moralista de Gracián viene a ser el arte de vivir y triunfar en sociedad con el empleo de un maquiavelismo atenuado, sin estridencias, sin crudezas, ni aristas. El vulpejo se emplea en ocasiones, mas con tal comedimiento y distinción que casi llega a hacerse atrayente y simpático (Silió, 1941: 68).

En su respuesta, Antonio Goicoechea invalida la acusación a Saavedra, pues descuida el objetivo fundamental de las *Empresas políticas*<sup>6</sup>. Sin embargo, confirmará el maquiavelismo de Gracián:

A pesar de tan clara repulsa, persistese en afirmar [...] que la prudencia preconizada por Gracián tiene gran parecido con el arte del disimulo y del engaño en que consiste la doctrina de Maquiavelo, y no es, en fin de cuentas, otra cosa que un modo de vulpejar más suave, elegante y sutil que el habitual en el escritor florentino (Goicoechea, 1941: 125)<sup>7</sup>.

---

currir en sospecha: lo prueban los avatares personales de Gracián, Maquiavelo o Accetto».

<sup>5</sup> «La recuperación de la vertiente política de Gracián significó de inmediato la vinculación de nuestro autor con el pensamiento político de Maquiavelo: bien para resaltar algunas semejanzas con las teorías del florentino y colocarlo entonces al lado de posiciones maquiavelistas, o bien para demostrar su repulsa ante tales doctrinas y manifestar de esta forma su maquiavelismo y su moral irreprochable» (Cantarino, 2001: 150-151).

<sup>6</sup> «A mi juicio, los principios generales y las máximas abstractas enunciadas en todas y cada una de las empresas responden armónicamente a un designio fundamental y a un pensamiento central, antimachiavelista, idealista, de intenso espiritualismo, de hondo sentido cristiano. Lo que acontece es que la inmensa fuerza analítica del entendimiento de Saavedra le lleva a menudo al casuismo, a la descomposición de cada regla en aforismos y subreglas de aspecto y condiciones diversos por razón de sus modalidades, colores y matices» (Goicoechea, 1941: 114-115).

<sup>7</sup> Por este motivo, discrepo de la interpretación que de este episodio ofrece Cantarino (2001: 151): «dentro del propósito general de exponer y comentar las doctrinas políticas partidarias de la fuerza o la astucia, [Silió] dedicaba algunas páginas a nuestro autor al que

De este modo, ya en uno de los primeros intercambios sobre el maquiavelismo de Gracián, se confirma la concordia de las doctrinas políticas de Gracián con las doctrinas del florentino.

Aunque posteriores estudiosos de la influencia y de la talla de Enrique Tierno Galván y Gonzalo Sobejano han relativizado la huella de Maquiavelo<sup>8</sup>, numerosas investigaciones recientes —como la de Hidalgo Serna y Zuloaga— la han confirmado<sup>9</sup>. Con especial rotundidad se ha pronunciado Jorge Checa:

Los planteamientos estrictamente seculares de Álamos no son ni mucho menos en España privativos de él. Pero será Gracián quien, con mayor riqueza y ductilidad [...] hable de la disimulación en términos que apenas tienen en cuenta el antimaquiavelismo militante de un Rivadeneira o de un Quevedo (Checa, 2003: 293).

A pesar de la enorme cantidad y valor de estos estudios sobre Maquiavelo y Gracián, por lo general estos trabajos han descuidado la influencia textual directa. Estos trabajos han tendido a ofrecer una imagen sencilla y lineal de maquiavelismo —no siempre respetuosa de la complejidad de la obra del Secretario florentino— que se quería rastrear en *El político* de Gracián<sup>10</sup>. Más que la recepción de Maquiavelo, los investigadores han centrado su atención en la recepción del maquiavelismo, el cual ya cuando Gracián escribe no reflejaba

---

no dudaba en calificar de maquiavelista; mientras que, en la réplica al discurso, Goicoechea se mostraba en desacuerdo con esta opinión y apelaba a la religiosidad del escritor para esconder o mitigar su presunto maquiavelismo».

<sup>8</sup> «Aparente maquiavelismo de Gracián» es tan solo la aplicación de este mismo método a la política» (Tierno Galván, 1961: 14); «erigiendo en Fernando el Católico el arquetipo de príncipe, antisemejante al delineado por Maquiavelo» (Sobejano, 1983: 914). Más recientemente se ha sumado a esta interpretación Ruiz (2013: 774): «De todas las obras de Baltasar Gracián solo *El político Don Fernando el Católico* es un tratado consagrado exclusivamente a la reflexión política. En esta materia, el jesuita aragonés no dudó en atacar a Maquiavelo por su falta de consideración a la moral y la religión». También lo considera antimaquiavélico Martínez Lorca (2014: 205-225).

<sup>9</sup> «Interesante y significativo resulta el hecho de que la primera versión francesa del *Oráculo manual*, intitulada *L'homme de cour* y realizada por Amelot de la Houssaie, se publicó veintitrés veces entre 1684 y 1765. Las múltiples ediciones de este libro evidencian claramente la predilección que demostraron los franceses por la filosofía moral de Gracián y por esta obra en particular. La traducción de Amelot sirvió de texto de base para las posteriores versiones del *Oráculo manual* a otras lenguas europeas. Anotemos que el mismo Amelot había traducido también en 1683 al francés *Il principe* de Maquiavelo» (Hidalgo Serna, 1993: 18). «En realidad aparece en ocasiones mucho más sutil y hasta decoroso [que Gracián] el mismo Maquiavelo» (Zuloaga, 2010: 159).

<sup>10</sup> Una aportación textual muy interesante en la línea del antimaquiavelismo, a la que me siento muy cercano, es la de Ansaldi (2008: 99-110).

directamente el contenido de las obras del famoso secretario<sup>11</sup>. En este artículo, quiero mostrar la enorme cantidad de semejanzas y coincidencias textuales que existen entre *El político* y tres de las obras más importantes de Maquiavelo: *El príncipe*, los *Discursos* y *La vida de Castruccio Castracani*. Solo entonces realizaré un juicio sobre la trillada cuestión del maquiavelismo de Gracián que, en la medida de lo posible, se conectará más que con un concepto secundario como el de maquiavelismo con la actitud de Gracián como lector de Maquiavelo<sup>12</sup>.

## II

*El político Don Fernando el Católico* fue publicado en 1640, tres años después de que apareciera su primera obra *El héroe*, de la que se puede considerar segunda parte. El texto se inscribe en un contexto histórico marcado por una decadencia que se irá haciendo cada vez más pronunciada. 1640 aparece como un año especialmente aciago para la monarquía española: se produce la sublevación de Cataluña y el reino de Portugal se desliga definitivamente de la Corona española. Aunque se puede interpretar la obra como un espejo de príncipes para Felipe IV y su hijo varón Baltasar Carlos —«sea oráculo su real nombre BaltAsAr REy, compuesto de las cuatro vocales que dan principio a todas las cuatro partes del mundo, en presagio de que su monarquía y su fama han de ocuparlas todas» (Gracián, 1649: 13)—, habitualmente se ha detectado una nota crítica —obviamente disimulada— hacia un monarca que no habría estado a la altura de su ilustre predecesor<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> Un resumen completo de las ideas que concentran el maquiavelismo ya en tiempos de Gracián puede leerse en Barbosa Homem (1629: 244r-245v): «Lo primero que no puede haber desigualdad tan grande de fuerzas naturales que el arte humana no la pueda suplir. [...] Lo segundo [...] debe reputarse [...] a un príncipe poco poderoso sustentar en pie su conservación [...] muy fácil si de estas mismas artes [...] supiere valerse. Lo tercero que la dificultad solamente estará en llegar con estas artes y astucias a aquel grado de destreza [...]. Lo cuarto que [...] para este fin de conservación podrá el príncipe haber por lícito, hacadero, honesto y aun justo y santo, a todo aquello que, en otros términos, le pudiera ser o parecer ilícito, malo y aun abominable [...]. Lo quinto y último que observando el príncipe menor, con la destreza necesaria, tales reglas como estas se hará siempre superior a su vecino. [...] Esta es la suma de los discursos de Machavelo».

<sup>12</sup> El concepto de maquiavelismo es más lógico que histórico. Que la bibliografía ha usado este término como si su significado no dependiese del contenido de las obras del secretario lo demuestra el título del famoso escrito de Benoist, *Le machiavélisme avant Machiavel* (1907). No se debe olvidar que Maravall repasa la presencia de acciones y discursos maquiavélicos en el siglo XV español (Maravall, 1999: 42-45).

<sup>13</sup> Incluso un biógrafo de Fernando el Católico, alejado de los estudios gracianos, ha detectado esta nota crítica: «Fernando el Católico, por tanto, podía ver en Gracián un paradigma quizás distinto del interpretado por la corte gubernamental» (Belenguer, 1999: 20).

Estructurado de acuerdo a un sistema aretológico quintuple, el contenido resulta fácil de resumir. Se trata de una exaltación sin paliativos de la figura de Fernando el Católico. El monarca aragonés no solo habría alcanzado los logros políticos más sobresalientes, sino que sus numerosos éxitos se fundarían en una actuación perfecta. Debido al prestigio de la pluma y a la cantidad de lectores de los que gozó Gracián —a diferencia de otros escritores menos populares que contribuyen a la hagiografía fernandina— se puede defender que la obra ha consagrado el mito de Fernando el Católico como ninguna otra.

La idealizada biografía se inscribe en la tradición de literatura política que comienza a proliferar en España a fines del XVI. Aunque desde 1590 no hay año en que no se escriba una obra de teoría política —normalmente para demostrar que, frente a una perversa y maquiavélica, existe una verdadera y católica razón de Estado—, existen períodos de fecundidad verdaderamente obsesiva. Especialmente numerosas son las publicaciones que suscitan la figura del Conde Duque de Olivares —todavía había elogios a esta figura en el autógrafo de *El héroe* anterior a la imprenta—, para aplaudir o para contestar su influencia. Obra que se inscribe tardíamente en esta corriente estilística, *El político don Fernando* se vincula secundariamente a la figura del valido de Felipe IV, pues no solo se escribe precisamente cuando la estrella de Gaspar de Guzmán comienza a declinar, sino que busca influir en el infante Baltasar Carlos, quien ya había jurado como príncipe heredero de la corona de Aragón. Los numerosos escritos de este período constituyen, por número y calidad, la aportación más abundante —aunque poco reconocida— española a la historia del pensamiento político. Si bien Dini insiste en que la importancia de *El político* debe compararse a la de *El príncipe* y el *Leviatán*<sup>14</sup>, quizá sea exagerado entregar a Gracián una corona que es más bien colectiva, por la que disputen con la misma justicia figuras menos conocidas de la literatura política española como Vilas Boas, autor del incomparablemente brillante *Espejo de príncipes y ministros*.

Solo por la fecha de publicación, *El político* se aproxima al *Leviatán* —la obra de Gracián se imprime once años de la gran obra maestra y es absolutamente contemporánea de los *Elementos de Derecho natural y político*—, del que se distingue notablemente. Si el parangón debe establecerse con las dos obras más importantes de la Modernidad política, su estilo recuerda a *El príncipe*, incluso a *La vida de Castruccio Castracani*, ambas fuentes reconocibles de *El político*. Obras desinteresadas de definir los conceptos que utilizan, pasan

---

<sup>14</sup> «*Il politico don Fernando il Cattolico* appartiene al novero delle opere politiche più rilevanti del pensiero politico moderno. Insieme al *Principe*, al *Leviathan* di Hobbes, costituisce un caposaldo della politica moderna. Espressione di una filosofia politica barocca e pienamente moderna, contribuisce alla elaborazione del mito dello stato (moderno), attraverso un disegno e una costruzione che molto assegna agli aspetti della personificazione e della metafora corporale» (Dini, 2003: 39). Para la relación entre Hobbes y Gracián, cfr. Zarka (1997: 33-53).

directamente a examinar las acciones políticas que encaminan al gobernante hacia el éxito. A diferencia de Hobbes, no solo aceptarán el valor epistemológico de la historia, sino que la consideran, tanto en su aspecto pretérito como presente, el cimiento que valida la reflexión política. A continuación, se examinarán las numerosas afinidades que se dan entre la obra de Maquiavelo y esta de Gracián, escrita más de un siglo después de la muerte del pensador florentino.

### III

Aunque Maquiavelo siempre fue identificado con *El príncipe* en la cultura española, la obra no se editó durante el Siglo de Oro. Sin embargo, esta carencia no fue impedimento para que se divulgaran al menos tres traducciones manuscritas ni para que algunos autores españoles conocieran al detalle su contenido, tal como lo muestra la extensa crítica con la que se abre el *Tratado del príncipe cristiano* de Ribadeneyra (1946: 9)<sup>15</sup>. Incluso tras más de sesenta años de prohibición, Gracián conoce con detalle el corpus maquiaveliano. En *El político* se encuentran al menos tres teorías centrales para *El príncipe*: la del *riscontro*, la de la ocasión y la del criterio de enjuiciamiento de las acciones políticas.

Con la teoría del *riscontro*, Maquiavelo dibuja el retrato más estable de su antropología política. Aunque formulada inicialmente en los *Ghiribizzi* —texto con seguridad desconocido para Gracián<sup>16</sup>— y presentada postteriormente en *Discursos* III 9, su exposición más accesible se lee en *El príncipe* XXV, justo antes de exponer los límites de la actuación política de Julio II:

E vedesi ancora dua rispettivi, l'uno pervenire al suo disegno, l'altro no; e similmente dua equalmente felicitare con diversi studi, sendo l'uno rispettivo e l'altro impetuoso: il che non nasce da altro, se non da la qualità de' tempi che si conformano, o no, col procedere loro. Di qui nasce quello ho detto, che dua, diversamente operando, sortiscono el medesimo effetto: e dua equalmente operando, l'uno si conduce al suo fine e l'altro no. Da questo ancora dipende la variazione del bene; perché se uno, che si governa con rispetti e pazienza, e' tempi e le cose girano in modo che il governo suo sia buono, e' viene felicitando: ma se e' tempi e le cose si mutano, rovina, perché e' non muta modo di procedere (Machiavelli, 2006: 304-306 [XXV, 11-15]).

Para Maquiavelo, los actores políticos se dividen en dos únicos grupos de acuerdo a su carácter: el cauteloso (*rispettivo*) y el impulsivo (*impetuoso*).

<sup>15</sup> Las traducciones manuscritas se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid. Una de ellas está editada (cfr. Rius y Casas, 2010).

<sup>16</sup> Parece que Zuloaga (2010: 155) acepta que Gracián conocía este texto.



También en *El político* se acepta la dualidad de los caracteres políticos. En Gracián, la psicología política, si bien binaria, resulta algo más genérica. Todo tiempo necesitará o bien un rey guerrero o uno pacífico: «En un tiempo se desea un príncipe guerrero, y en otro un pacífico; la infelicidad está en trocarle las veces, en encontrarse en las contingencias» (Gracián, 1649: 43)<sup>17</sup>. Aunque las cualidades exigidas por Gracián son algo diferentes, se detecta un evidente paralelismo, pues el espíritu bélico se asocia el impetuoso y el carácter pacífico al prudente. La principal diferencia procedería de que, mientras Maquiavelo juzga imposible cambiar de naturaleza, Gracián dibuja una naturaleza humana dotada de mayor plasticidad: «Pero el ajustar el príncipe su inclinación a la disposición de la Monarquía es preciso o por naturaleza o por arte» (Gracián, 1649: 43).

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el lenguaje y los ejemplos propuestos acercan a Gracián —a buen seguro más de lo que él quería— al determinismo y, por tanto, al *riscontro* maquiaveliano<sup>18</sup>. En *El político don Fernando el Católico*, se narran varios casos de gobernantes que, incluso cuando la coyuntura política lo exigía, no han logrado acomodarse a los tiempos:

Cúpole a Francia un sosegado Quílderico cuando se deseó un Marte por rey y, al contrario, un belicoso Francisco, cuando su reino y toda la cristiandad florecieron con su quietud. Hubieran sido muchos reyes hijos de la fama a haberlo sido de la sazón que da el punto a las acciones, y más a las reales. Vino a la monarquía a cosa hecha el portugués Sebastián, no halló ya empleo connatural su generoso espíritu, buscolo violento, que a venir algunos siglos antes el fuera otro César y Lisboa otra Roma, o príncipe digno de mejor tiempo (Gracián, 1649: 43-44).

¿Acaso no resulta idéntica la situación de Francisco I con la de un Julio II, condenado a la agresividad «perché, se fussino venuti tempi che fussi bisognato procedere con rispetti, ne seguiva la sua ruina né mai arebbe deviato da quelli modi a' quali la natura lo inclinava» (Machiavelli, 2006: 308 [XXV, 24])?

El capítulo vigésimo quinto de *El príncipe* sorprende al lector en su conclusión. Si el nudo insistía en la indiferencia política de los dos caracteres políticos, en los pasajes finales Maquiavelo exhibe una clara preferencia. El capítulo concluirá con una exaltación del impetuoso, del joven: «sia meglio essere impetuoso che respettivo, perché la Fortuna é donna e [...] amica de' giovani» (Machiavelli, 2006: 310 [XXV, 26-27]). Aunque quizá de modo menos exaltado —el político triunfante ha de atravesar primero un período bélico

<sup>17</sup> Utilizo la edición holandesa, pues Hobbes publicará en esta misma casa la edición completa de su *Leviatán* veinte años más tarde

<sup>18</sup> Para una crítica al determinismo maquiaveliano en el Siglo de Oro, nuevamente cfr. Ribadeneira (1946: 9). Una interpretación de este pasaje en Saralegui (2014).

para llegar al modo político<sup>19</sup>—, esta exaltación del ardor guerrero juvenil se refrenda en diversas páginas de *El político*: «Requieren las armas un grado de temeridad, que no se encuaderna con la madurez, lo muy considerado de la mayor edad, detiene el brío, enfrena la osadía y nunca los muy prudentes fueron grandes batalladores» (Gracián, 1649: 19-20). A pesar de que este ejemplo no confirme completamente la inclinación por el joven impulsivo y violento que hace esclava a la fortuna, este comentario permite asociar el pensamiento de Gracián con la convicción de la inmutabilidad del carácter político.

Existe otra coincidencia fundamental. Más allá de que el príncipe quede determinado por una naturaleza, la virtud no basta para alcanzar el éxito político. Maquiavelo y Gracián comparten el principio, más realista que pesimista, que insiste en la insuficiencia de la virtud para triunfar en política. Este elemento externo recibe el nombre de «ocasión». Aunque también emplee sinónimos como «sazón», el mismo término —con inevitables resonancias maquiavelianas— aparece en *El político* una y otra vez. De tal manera que una aceptable definición de la política para Gracián sería la del arte de la ocasión<sup>20</sup>: «Son varias las empresas de un rey, todas ellas heroicas. Hanse de abrazar como hacía el primer Estebán de Hungría, no por elección, sino por ocasión» (Gracián, 1649: 64), «Nunca ha de vacar un rey, porque son grandes sus acciones, en cesando la ocasión de unas, ha de pasar a otras» (Gracián, 1649: 65) y quizá más reveladoramente: «No hubo hombre [como Fernando el Católico] que así conociese la ocasión de una empresa, la sazón de un negocio, la oportunidad para todo» (Gracián, 1649: 70).

Dos aspectos caracterizan la teoría de la ocasión en Maquiavelo. Ambos quedan respaldados por *El político*. En el capítulo VI de *El príncipe*, el éxito político se describe como la suma de virtud y de ocasión. Mientras la virtud atañe a la responsabilidad individual, la ocasión corresponde a la fortuna. Sin ocasión, por mucha virtud que se tenga, no se lograrán los objetivos: «sanza quella occasione la virtù dello animo loro si sarebbe spenta, e sanza quella virtù la occasione sarebbe venuta invano» (Machiavelli, 2006: 115). La ocasión adquiere en la obra de Gracián un aspecto más determinista que en *El príncipe*.

---

<sup>19</sup> «Entregó Fernando la juventud a la milicia y la senectud a la política. Atendió en sus primeros años a conquistar, en los postreros a gobernar. Piden las edades sus empleos, compete el valor a la mocedad, y la prudencia a la vejez» (Gracián, 1649: 19). Aristóteles puede ser la fuente de esta idea de que la misma persona que gobierna en la madurez debe haber ejercido el arte bélico de joven: «No queda, pues, más que atribuir a ambos grupos ese régimen, no al mismo tiempo, sino de la misma manera que la naturaleza ha dado la fuerza a los jóvenes y la prudencia a los más viejos» (Aristóteles, 2008: 422 [VII, 9, 1329 a]).

<sup>20</sup> Cfr. Soto (2006). Como Checa ha señalado, la ocasión tiene en Gracián un aspecto epistemológico que no está presente en la obra de Maquiavelo: «la cuestión es saber usar la verdad o jugar con ella, lo que en el plano temporal significa aguardar pacientemente el momento de insinuarla» (Checa, 2003: 307-308).

A pesar de que en algunos instantes le sustraiga a la fortuna la omnipotencia<sup>21</sup>, Gracián no puede evitar que a su retrato de la ocasión lo aliente un espíritu determinista. Para el jesuita, la ocasión no recompensará la virtud de los actores políticos, sino que se guiará por su solo capricho:

Tiene la astucia su propio modo de fundar, que fue valerse siempre de la ocasión, y después de haber la inconsiderada porfía de los príncipes cristianos consumido alternativamente sus fuerzas, agotado sus recursos, desflorado sus ejércitos, salieron de refresco los turcos y alzáronse con todo, sin resistencia; están más llenas las historias de casos que de escarmientos (Gracián, 1649: 10).

Esta independencia entre virtud y éxito, más que con *El príncipe*, se vincula con la pesimista imagen de *El arte de la guerra*. Es indiferente cuán virtuoso sea Fabrizio Colonna: no alcanzará un triunfo sobresaliente ya que la fortuna no le ha ofrecido una ocasión. Al igual que en este tratado bélico —cuya traducción quizá Gracián conoció en la versión de Diego Salazar, publicada en 1536 y 1590 (cfr. Salazar, 1536 y 1590)—, no existe situación política tan trágica y lamentable como la de contar con virtud y carecer de ocasión: «È io mi dolgo della natura, la quale o ella non mi dovea fare conoscitore di questo, o ella mi doveva dare facultà [es decir: ocasión] a poterlo eseguire» (Machiavelli, 1997: 689). Si la ocasión no acompaña, la virtud se revestirá de la ineficacia más completa:

Suma infelicidad de un Príncipe, llegar a la Monarquía ya postrada, caído el valor, valida la ociosidad, desterrada la virtud, entronizado el vicio, las fuerzas apuradas, la reputación falida, la dicha alterada, todo envejecido, y como casa vieja, amenazando por las instancias de la total ruina, sino es que la ocasión este aguardando el caudal de un Vespasiano, de un Claudio Segundo, que la restauren, el valor de un Pipino y de un Hugón Capeta, que la renueven, que las ocasiones que a los grandes hombres los encumbran, a los enanos son tropezos que los despeñan (Gracián, 1649: 30-31).

La coincidencia entre ambos pensadores es en este punto innegable: ambos pensadores ven la política como un escenario en que fortuna y virtud disputan, repartiéndose cada una un significativo espacio. Incluso si —como Egido ha sostenido— Gracián considera que el pensamiento de Maquiavelo queda determinado por la astucia, esta crítica del belmontés solo confirmaría el acuerdo, si bien inconsciente, de ambos pensadores<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> «Es la providencia suma autora de los imperios, que no la ciega vulgar fortuna» (Gracián, 1649: 30).

<sup>22</sup> «Gobernar a la ocasión, el aforismo máximo de su política parecía ser el mayor principio de adaptación, lo que exigía acomodarse en todo momento. [...] Diferencia sustancial que lo alejaba evidentemente de El príncipe de Maquiavelo, donde se confundía la política con la astucia» (Egido, 2010: 23).

Todavía fluye de *El príncipe a El político* un detalle acerca de la virtud. A la hora de justificar el fracaso de César Borgia, Maquiavelo esboza en el capítulo VII una teoría del tiempo político. Mientras que quienes gozan de un comienzo fácil suelen fracasar con rotundidad, quienes sufren durante la etapa inicial alcanzan un prolongado y estable éxito. Por este motivo si para Borgia es casi imposible mantenerse en un poder conseguido sin esfuerzo, Francisco Sforza lo conservará sin tantos obstáculos: «di privato diventó duca di Milano, e quello che con mille affanni aveva acquistato con poca fatica mantenne» (Machiavelli, 2006: 127 [VII, 6]). En *El político* también se oye el eco de esta teoría del tiempo político que favorece la estabilidad de los dominios forjados sobre la adversidad:

Tienen los Reyes grandes contrarios a los principios de su gobierno. Toda prudencia, toda atención, toda sagacidad aun no es bastante en este dificultoso punto. En las entradas de los caminos es el riesgo de errarlos, que acertados una vez con facilidad se prosiguen (Gracián, 1649: 21).

Maquiavelo y Gracián comparten, como ha reparado habitualmente la crítica, otra idea sobre la virtud política: esta deberá juzgarse estrictamente por criterios políticos. Sin duda, Gracián quedaría conforme con esta interpretación política. El mismo título y la primera frase del texto avalan el acuerdo: «Opongo un rey a todos los pasados, propongo un Rey a todos los venideros. Don Fernando el Catholico, aquel gran Maestro del arte de Reynar, el Oráculo mayor de la razón de Estado» (Gracián, 1649: 3). Aun sin necesidad de identificar tacitismo y maquiavelismo, la inicial cita al historiador romano muestra que su criterio será exquisitamente político:

Quedo envidiando a Tácito y a Comines las plumas; mas no el centro, el espíritu, mas no el objeto. Fundó Fernando la mayor monarquía hasta hoy en Religión, gobierno, valor, estados y riquezas (Gracián, 1649: 4-5)<sup>23</sup>.

En suma, la confusión de planos, el olvido de que la política cuenta con sus propios criterios, será uno de los más graves errores que podría cometer el gobernante, negligencia que, según Peralta, se habría producido en la política española en tiempos de Gracián: «En España parecía que, del rey abajo, todos habían olvidado los medios humanos y lo que se debía al César por razones de Estado. Gracián da la impresión de querer acentuar el *dad al César lo que es del César*» (Peralta, 1969: 56). A diferencia de Platón o incluso del mismo Hobbes, gobernar no exige una profunda capacitación intelectual. Al contrario, puede llegar a constituir una amenaza para el buen gobierno:

---

<sup>23</sup> Sus gustos historiográficos confirman el politicismo recordado por Kagan (2003: 91): «la lista de los historiadores más admirados por Gracián solo incluye los que habían escrito sobre temas políticos o cortesanos».

Las virtudes del oficio tenía el magnánimo de los Alfonsos por las primeras en solicitud, así como en el aprecio. ¿Qué importa que sea el otro Alfonso tan gran matemático si aun no es mediano político: presumió corregir la fábrica del universo, el que estuvo a pique de perder su reino? (Gracián, 1649: 34).

Más aún, Gracián no duda en ridiculizar a los políticos ensimismados en labores intelectuales. Es el emperador Galieno —quizá debido a su amistad con el filósofo Plotino— la diana de estas críticas:

[i]Oh torpe insensibilidad! [¿]Que cuide un príncipe de que los higos estén verdes todo el año y no cuide que florezca el imperio? [¿]Que busque invenciones para que las uvas duren dos y tres años y sufra que se pierda la monarquía? Y no faltaban perniciosísimos lisonjeros que canonizaban esta barbaridad por magnanimidad y esta estupidez por constancia; y llega a tanto a veces su atrevimiento que quieren vender por gran sutileza política lo que es una aborrecible negligencia (Gracián, 1649: 60).

Este reproche a una cultura que, desatendido lo político, se centra en el esfuerzo literario y artístico, marca el espíritu del *Arte de la guerra*:

Quanto meglio arebbono fatto quegli (sia detto con pace di tutti) a cercare di somigliare gli antichi nelle cose forti e aspre, non nelle delicate e molli, e in quelle che facevono sotto il sole, non sotto l'ombra, e pigliare i modi della antichità vera e perfetta, non quegli della falsa e corrotta (Machiavelli, 1997: 35-36).

Los políticos irresponsablemente inclinados a lo religioso tampoco evitan la mofa:

Religiosísimo fue Graciano, pero más para una celda que para la silla imperial. El aragonés Ramiro, y el Portugués Henrico eran más para el coro que para el trono. Al contrario otros tuvieron grandes virtudes del Rey, y grandes vicios del hombre; en Alejandro y César compitieron a extremos (Gracián, 1649: 33-34).

Este ataque al político que se desentiende de su primer cometido recuerda al Maquiavelo que desestima la eficacia política de la oración. Esta frase, pronunciada por Cosme el Viejo en las *Historias de Florencia*, muestra paradigmáticamente la ineptitud de la confianza política en la oración:

Dicendogli alcuni cittadini, dopo la sua tornata dallo esilio, che si guastava la città e facevasi contro a Dio cacciare tanti uomini da bene, rispose come gli era meglio città guasta che perduta; e come due canne di panno rosato facevono uno uomo da bene; e che gli stati non si tenevono co' paternostri in mano (Machiavelli, 2010: 637 [VII 6 11]).

Ni en Gracián —ni tampoco en Maquiavelo— se trata de irreverencia, sino de distinción de ámbitos.

Aunque política y religión pertenezcan a planos fácilmente diferenciables, según Gracián, estos no son irreconciliables. Gracián reconoce como buen político a aquel que es capaz de armonizar política y religión. Esta conciliación de la que Fernando es modelo —pues «supo juntar la tierra con el cielo» (Gracián, 1649: 52)— separa, esta vez sí, a Gracián de Maquiavelo. Una de las lecciones más escandalosas y trágicas presentadas en el capítulo XV de *El príncipe* recuerda que algunas veces será imposible aunar virtudes religiosas y políticas. Lamentablemente, habrá muchas veces en las que éxito político y pulcritud moral se oponen sin remedio:

E io so che ciascuno confesserá che sarebbe cosa laudabilissima a uno príncipe trovarsi di tutte le soprascritte qualità quelle che sono tenute buone; ma perché non si possono avere né interamente osservare, per le condizioni umane che non lo consentono, li é necessario essere tanto prudente che sappia fuggire l'infamia di quelle che li torrebbero lo stato (Machiavelli, 2006: 217-218 [XV, 10-11]).

Precisamente esta irreconciliabilidad provoca la alarma definitiva en la crítica áurea española, por tantos otros motivos tan cercana al estilo del pensador florentino.

Tanto Maquiavelo como los pensadores españoles aceptan que el político debe ser juzgado por lo político. La diferencia estriba en que, para los ibéricos, esta dimensión no resulta incompatible con la religión como informadora de la moral privada. Maravall señala acertadamente que, por numerosos que fueran los acuerdos con la moral política de Maquiavelo, esta contradicción jamás podría aceptarla Gracián:

Todos estos personajes han alcanzado la fama por la virtud [se refiere a los personajes que habitan en la isla de inmortalidad]; mas al hablarnos de la virtud como suprema manifestación moral del hombre, si queda por debajo como una resonancia a la virtud cristiana, lo que pasa a exaltar es la virtud como virtud del héroe, en un sentido profano. Es esto algo muy próximo a la *virtù* de Maquiavelo, aunque se diferencien ambos conceptos en que la virtud gracianesca pretende armonizarse plenamente con la virtud cristiana (Maravall, 1999: 346).

Por este motivo, no sorprenderá que, en otros autores y en otros textos de Gracián, la crítica a Maquiavelo sea tan descarnada. Por tanto, la acritud del rechazo provendrá, más que de una completa oposición de paradigmas, en una distinción moral que provoca que todo el conjunto político reciba, incluso si el cuerpo de las doctrinas cuenta con profundas semejanzas, una interpretación completamente diferente.

Maravall presenta una clasificación tripartita del maquiavelismo español de acuerdo a la rompedora enseñanza del Secretario: un maquiavelismo encubierto —siempre minoritario y con poco respaldo textual—, un maquiavelismo combinado con cristianismo y un rechazo frontal a cualquier política que no sea plenamente espiritual (Maravall, 1999: 71-72). Aunque se trata de una

clasificación aceptable, hay otra más radical —la de la conciliabilidad entre religión y política— que valida la interpretación clásica del pensamiento español como esencialmente antimachiavélico, pues mientras los españoles admiten la posibilidad de conciliación entre ética y política, entre religión y éxito mundano —posibilidad respaldada siempre por la Providencia—, Maquiavelo insistirá en el rompedor capítulo XV de *El príncipe* en que la contradicción entre las exigencias religiosas y las políticas es *de jure*<sup>24</sup>.

Antes de pasar a la presencia de ideas de los *Discursos* y de la *Vida de Castruccio Castracani*, se puede hacer un comentario sobre la figura del Rey Católico, que, como es sabido, también representa un papel en el opúsculo maquiaveliano (cfr. Saralegui, 2013: 29-48). Resulta una opinión casi unánime entre los estudiosos de *El príncipe* —con la indiscutible excepción de Marietti— insistir en el carácter perfectamente modélico que el Rey Católico ostentaría en *El príncipe* (cfr. Marietti, 1978)<sup>25</sup>. Por su dedicación a los estudios gracianos, citaré a Ángel Ferrari como divulgador de esta postura:

Si en los comienzos de la actividad observadora de Maquiavelo el valor de la nuda fuerza lo representó Luis XII de Francia y César Borgia encarnó el virtuosismo político por sí, en la plenitud de su producción literaria, estética y dilemáticamente modelado en su más completo concepto de la política, Fernando el Católico, que no conoció el fracaso, representó para el florentino la perfección política total, encarnada en acción o empresa y en organización de poder (Ferrari, 2006: 86)<sup>26</sup>.

A pesar de este acuerdo bibliográfico, es conveniente señalar que el retrato maquiaveliano de *Fernando* no está exento de reproches:

per possere intraprendere maggiore imprese, servendosi sempre della religione, si volse a una pietosa crudeltà, cacciando e spogliando el suo regno de' marrani; né puó essere, questo, essemplio piu miserabile né piú raro (Machiavelli, 2006: 282-283 [XXI, 5])<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Estoy, por tanto, de acuerdo con Fernández Santamaría: «Ya hemos apuntado que la diferencia entre eticista y realista no debe ser exagerada. Ambos comparte una preocupación común, el maquiavelismo, y un objetivo idéntico: la formulación de una razón de Estado cristiana y efectiva» (1986: 15-16).

<sup>25</sup> Tras citar este artículo, también Dini señalará que el juicio maquiaveliano sobre Fernando no estará exento de reproches: «Proprio questa contraddizione tra giudizio teorico-politico e giudizio storico, impedisce a Machiavelli di indicare in Fernando il Cattolico il modello esplicito, unico nella sua tipicità, di *principe nuovo*, come pure spesso soprattutto in Spagna e in Francia si continua a sostenere» (Dini, 2003: 27).

<sup>26</sup> Recientemente ha vuelto a insistir en el carácter irreprochablemente modélico que Fernando representa para Maquiavelo, Zuloaga (2010: 159).

<sup>27</sup> Mucho más benigno es el juicio de Gracián sobre la política racial de Fernando: «Con todo, veneramos algunos destos prodigios salutíferos que con la eficacia de su buen zelo han ahuyentado los pestilenciales venenos y purificado las aguas populosas. Y si no, dezid-

Por esta tibieza hacia Fernando, aunque no lo nombre, es posible que Gracián quisiera criticar a Maquiavelo con este comentario:

Exageraron en Fernando algunos ligeros achaques los extranjeros, como interesados y como si en él fueran culpables, porque prevaleció los que en sus príncipes excusables, porque les cedieron. Si faltó, no fue por faltar, sino por contemporizar efectos de la ocasión, no del vicio (Gracián, 1649: 38-39)<sup>28</sup>.

Las coincidencias entre *El príncipe* y *El político* son notables tanto en un plano general como específico. En ambas obras se retrata una política que debe medirse por sus propios criterios y exigencias. Su visión, teñida de realismo, acepta que la virtud es una condición necesaria para alcanzar el éxito, pero no suficiente: el triunfo político exige una disposición del tiempo que no depende de la virtud. Más específicamente ambos están de acuerdo en que la psicología política se resume en dos tipos —el pacífico o el respetuoso frente al bélico o el impulsivo— casi absolutamente inmóviles. El camaleón es tan deseable como inalcanzable. Ciertamente no es necesario que Gracián se haya apropiado directamente de estas ideas tras una lectura de *El príncipe*. Dotan, no obstante, a *El político Don Fernando el Católico* de una familiaridad con el corpus y el ideario maquiaveliano que se hará más estrecha en la medida en que esta breve biografía compacta ideas fundamentales de *Discursos* y *Castruccio*.

#### IV

Varias ideas de los *Discursos* se pueden leer también en *El político*. Cuatro doctrinas del *opus magnum* de Maquiavelo se introducen en la biografía de Gracián: la invalidez del adagio *todo tiempo pasado fue mejor*, la capacidad de la virtud de dominar a la fortuna, la del carácter semidivino de los fundadores y la importancia de la adecuada sucesión de gobernantes. Por el carácter genérico de estas ideas, más que en los casos de *El príncipe* y de *Castruccio*, se

---

me, aquel nuestro inmortal héroe el Rey Católico don Fernando ¿no purificó a España de moros y judíos, siendo hoy el reino más católico que reconoce la Iglesia?» (Gracián, 2009: 322-323).

<sup>28</sup> Es posible que la siguiente frase constituya un reproche a cierto tono belicista de *El príncipe*: «No tienen algunos por Gran Príncipe, sino al que fue gran Caudillo, gran batallador, estrechando el empleo universal de un Monarca al especial de un capitán, confundiendo el del superior con el del inferior» (Gracián, 1649: 40). El hecho de que la figura criticada no sea citada por el nombre favorece, si bien muy ligeramente, la posibilidad de que sea Maquiavelo la autoridad innombrada. Otra opinión sobre quién habría de ser el crítico de Fernando el Católico la ha dado Egido (2010: 108): «Téngase en cuenta la posible alusión a los ataques de Guicciardini a Fernando el Católico».



puede aceptar que Gracián pudo defender estas ideas sin haberlas leído en Maquiavelo.

Quizá por la férrea convicción en la identidad de la naturaleza humana, los dos autores critican el tópico *todo tiempo pasado fue mejor*. Ambos sospechan que esta idea brota de un origen más sentimental que racional. Puede sorprender que Gracián no se deshaga de este tópico apoyándose en los logros de una España que alcanza en el siglo XVI sus glorias más señeras. Quizá porque en el momento en que escribe la Monarquía hispánica se encontraba en decadencia, la exaltación del presente podía parecerle inadecuada. Inesperadamente Gracián sitúa en la misma Roma imperial la inaceptabilidad de la mirada encandilada del pasado:

Que abomine Vespasiano y borre las huellas de Vitelio, y los demás monstruos sus predecesores, es restaurar el Imperio, es desagrar la virtud. Pero que Adriano condene los esclarecidos hechos de Trajano, el mejor Emperador, que adore Roma, y llegue a tal extremo de disenter, que estreche los términos del Imperio por estrecharle la fama (Gracián, 1649: 23).

Al comienzo del segundo libro de los *Discursos*, Maquiavelo había ofrecido el examen más inteligente y completo —especialmente admirable si se tiene en cuenta el contexto humanista en el que se inscribe— de la historia de este topos:

E chi nasce in quelle [Alemania y Turquía] e lauda i tempi passati piú che i presenti, si potrebbe inganare, ma chi nasce in Italia ed in Grecia [...] ha ragione di biasimare i tempi suoi e laudare gli altri (Machiavelli, 2001: 326 [II, proemio]).

Pasemos al tema de la fortuna. Uno de los aspectos más retorcidos del pensamiento de Maquiavelo se encuentra en su teoría de la fortuna (cfr. Saralegui, 2012). Su pensamiento conoce expresiones intermedias —como la de la ocasión ya citada— que exigen una combinación de virtud y fortuna para alcanzar el éxito. También existen manifestaciones en las que, para alcanzar el éxito, basta alternativamente con la sola virtud o la sola fortuna. Llama la atención que esta inestable y enrevesada relación entre fortuna y virtud se prolonga en *El político* de Gracián. Especialmente en los primeros capítulos del libro segundo de los *Discursos*, Maquiavelo retrata una virtud muy efectiva, casi todopoderosa. Esta postura defiende que basta ser virtuoso para gozar del favor de la fortuna. La virtud militar domina la fortuna en los *Discursos*: «In modo che io credo che la fortuna che ebbero in questa parte i romani, l'arebbono tutti quegli principi che procedessono come i romani e fossero della medesima virtù che loro» (Machiavelli, 2001: 330 [II, 1]).

También esta doctrina —la virtud domina la fortuna y ella sola obtiene el éxito— se refleja en *El político*, lo que nadie tiene de extraño pues Saverio Ansaldi ha recordado, a propósito del *Oráculo manual*, que «es evidente que

para Gracián la naturaleza humana es más maleable y más modificable que para Maquiavelo» (Ansaldi, 2008: 105). En este caso, no es el ejército, sino Fernando y su prudencia los que siempre consiguen atraer a la esquiva diosa: «No fue afortunado Fernando, sino prudente, que la prudencia es la madre de la buena dicha. Comúnmente es feliz así como la imprudencia es desgracia; todos los más prudentes príncipes fueron muy afortunados» (Gracián, 1649: 61-62). Aunque, al igual que en el caso de Maquiavelo, no se ofrece una teoría coherente, Gracián introduce frases generales en las que defiende la capacidad del individuo de minimizar el poderío de la Fortuna<sup>29</sup>. Ya no solo es Fernando, sino todo actor virtuoso quien podrá evitar las molestias de la diosa: «es la capacidad el fundamento de la política, aquella gran arte de rey que no hace asiento, sino en los grandes juicios» (Gracián, 1649: 54).

Analicemos ahora la tercera idea compartida por ambas obras: la importancia suprema del fundador de la comunidad política. Al comienzo de los *Discursos*, Maquiavelo estudia la cuestión de la fundación de las comunidades. Al fundador lo describirá como el culmen de la gloria en *Discursos* I 10: «Intra tutti gli uomini laudati sono i laudatissimi quelli che sono stati capi e ordinatori della religioni. Appreso dipoi quelli che hanno fondato o republiche o regni» (Machiavelli, 2001: 225). Este aprecio religioso por los fundadores —compartido por *El político*— obliga a Gracián a justificarse. La narración de la vida de estos originarios fundadores más parece fábula que historia:

Fueron comúnmente tan prodigiosos los hechos de todos los fundadores que las narraciones dellos se juzgaron antes por invenciones de la épica que por rigores de la historia. Los suyos los imaginaron más que los hombres hasta inaugurarlos en dioses: los extraños, echando por otro extremo, los tuvieron por héroes fabulosos (Gracián, 1649: 5).

Al dar tanta importancia a los orígenes, Maquiavelo quiere explicar cómo a una ciudad con sólidos orígenes —Roma— tenderá al éxito político, mientras que la que carece de ellos —Florenia— quedará destinada al fracaso. Si la fundación romana auguraba el éxito colosal que alcanzó, la de Florenia tam-

---

<sup>29</sup> Contradicción en el mismo plano de la fortuna ha sido señalada por Checa (2003: 296): «Podemos decir que Gracián sitúa la virtud mediadora de la disimulación dentro de la ecuación paradójica entre autosuficiencia racional y dependencia continua de los otros para lograr o evitar el fracaso. Comúnmente, sin embargo, dicha ecuación no se plantea en términos tan perfilados, ya que, en el *Oraculo manual*, tampoco es raro encontrar el ideal del varón autosuficiente, ajeno a los usos sociales y apenas preocupado por los vaivenes de la fortuna». Para otro tema, Kagan (2003: 99) ha insistido en una contradicción entre la preceptística histórica y la alabanza a autores que no se ajustan a estas normas: «¿Cómo podemos reconciliar este elogio de Malvezzi, buen ejemplar de pluma alquilada, con la advertencia de la Ninfa de la historia de que los *libros para ser buenos han de ser libres*, es decir, escritos sin pasión ni interés?».

bién informaba de una perpetua confusión política, agravada durante la vida de Maquiavelo. La labor de fundación no solo está cargada de consecuencias, sino que, en coherencia con esta importancia, resulta sumamente complicada. También Gracián juzga especialmente difícil la institucionalización de la monarquía española, parecida a un imperio por la diversidad de reinos. Con su fundación, Fernando, a diferencia de los florentinos, ha sido capaz de ordenar las condiciones más complejas:

Hay también grande distancia de fundar un reino especial y homogéneo dentro de una provincia al componer un imperio universal de diversas provincias y naciones. Allí la uniformidad de leyes, semejanza de costumbres, una lengua y un clima, al paso que se unen en sí, lo separan de los extraños. Los mismos mares, los mismos montes y los ríos le son a Francia término connatural y muralla para su conservación. Pero en la monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así mucha para unir (Gracián, 1649: 8-9).

En ambos autores, la fundación política aparece descrita como la acción política más relevante y exigente. La diferencia estriba en que mientras Gracián considera a Fernando exitoso, el discurso de Maquiavelo queda marcado por la desesperación ante el caos florentino.

Unido al tema de la fundación, aparece el de la afortunada continuación de gobernantes virtuosos. Para el Secretario, Roma no ha sido solo agraciada por un Rómulo virtuoso, sino por una ordenada sucesión de gobernantes:

Conchiudo pertanto con questo discorso, che la virtù di Romolo fu tanta, che la potette dare spazio a Numa Pompilio di potere molti anni con l'arte della pace reggere Roma; ma dopo lui successe Tullo, il quale, per la sua ferocità, riprese la riputazione di Romolo; dopo il quale venne Anco, in modo dalla natura dotato, che poteva usare la pace e sopportare la guerra (Machiavelli, 2001: 249-250 [I, 19]).

Gracián también se apoya en la historia de Roma para mostrar la beneficencia aparejada a la sucesión de buenos gobernantes, aunque extiende en dos generaciones —Prisco y Servio<sup>30</sup>— esta feliz marcha:

Entró pues Numa y introdujo la religión, aunque falsa, como fundamento de todo gobierno. [...] Sucedióle Tulio Hostilio, y puso en ser la milicia. Luego Anco adornó de edificios la ciudad, de muros y de puentes. [...] Después del Prisco

---

<sup>30</sup> Mucho más negativa es, sin embargo, la imagen que Maquiavelo ofrece de Tarquinio Prisco y Servio Tulio: «Se adunque Tarquinio Prisco e Servio Tullo perderono il regno per non si sapere assicurare di coloro a chi ei lo avevano usurpato, Tarquinio Superbo lo perdé per non osservare gli ordini degli antichi re» (Machiavelli, 2001: 424 [III, 4]).

autorizó la majestad real [...]. Últimamente Servio estableció las rentas de la república. [...] Así que Rómulo forma la monarquía y los demás la adelantan y perfeccionan (Gracián, 1649: 92-93)<sup>31</sup>.

Los *Discursos* confirman la continuidad entre *El político* y el pensamiento maquiaveliano. En este caso son más genéricas que particulares las ideas que los hermanan. El tópico de la Edad de Oro es rechazado por ambos. En este caso, la desestimación de Maquiavelo es más inesperada y original, tanto por el contexto cultural como por la situación política de Florencia: exhausta la república, incluso en la configuración más ejecutiva de Soderini, Roma representaba un modelo verdaderamente inalcanzable y superior. Razonablemente Gracián se inclina levemente del lado de los modernos (cfr. Maravall, 1966). Sorprende, sin embargo, que el aragonés nunca recurra a una perspectiva española. También genérico es el acuerdo en dar importancia a los fundadores para la adecuada conformación política. En este punto, sin embargo, la comunión alcanza mayor intensidad. Impregnados de clasicismo, exaltan la feliz sucesión de los primeros monarcas de Roma. A medio camino entre lo genérico y lo específico, las identidades intelectuales prosiguen, lo que, si bien no obliga a afirmar una lectura directa, ya confirman Gracián y Maquiavelo pertenecen a una misma familia intelectual.

## V

La peculiar biografía que de Castruccio Castracani escribió Maquiavelo fue conocida en el Siglo de Oro español a través de una adaptación bastante libre que incluyó Pedro Mexía en lo que fue un *bestseller* de la época: la *Silva de varia lección* (cfr. Saralegui, 2011). Entre las ideas que el autor sevillano transforma radicalmente, se encuentra el principio que exige un nacimiento bajo y difícil para alcanzar el éxito:

E' pare [...] cosa maravigliosa che tutti coloro, o la maggiore parte di essi, che hanno in questo mondo operato grandissime cose, e intra gli altri della loro età siano stati eccellenti, abbino avuto il principio e il nascimento loro basso e oscuro, o vero dalla fortuna fuora d'ogni modo travagliato [Machiavelli, 2010: 7 (I, 1)].

---

<sup>31</sup> El mismo tópico de la afortunada sucesión de Roma se había planteado ya en el ecuador de la obra: «Fueron comúnmente en todas las monarquías insignes reyes los primeros, porque todo les ayudaba a la virtud, un valeroso Rómulo, un Numa feliz, un belicoso Hostilio, un integérrimo Anco, un sagaz Prisco, y un político Servio, fueron las primicias de la Monarquía romana» (Gracián, 1649: 55).

Esta extraordinaria ley —«cosa maravillosa» para el mismo Maquiavelo— adquiere un aspecto mucho más prosaico y razonable en la *Silva*. De acuerdo a Mexía, resulta extraño alcanzar el éxito cuando la adversidad sella la génesis:

porque es verdad que con tan poco caudal y ayuda y con las contradicciones tan grandes como él [Castruccio] tuvo, muy pocos se hallarán en él [mundo] que hayan alcanzado tanta honra y reputación por las armas, ni mayor estado y poder que él alcanzó (Mexía, 2003: 909).

Confirmando la identidad estilística con *Castruccio* —aunque en esta obra la peripecia vital cuenta con mayor relevancia—, el texto de Gracián solo muy remotamente puede considerarse una biografía. A pesar de que recibió críticas por este motivo, el aragonés reconoce abiertamente su desinterés por la trama de la vida de Don Fernando: «Será este [discurso] [...] no tanto cuerpo de su historia, cuanto alma de su política, no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos» (Gracián, 1649: 3). Si los datos biográficos que proporciona en su estilizado retrato —tanto *Castruccio* como *El político* describen a un príncipe casi perfecto— son casi inexistentes, excepcionalmente, Gracián ofrece una descripción pormenorizada de un episodio de la vida del Rey Católico: su nacimiento. Precisamente la adversidad de las circunstancias del alumbramiento de Fernando ha de parecer familiar al lector de *Castruccio*. A pesar de que pudiera tener noticia del personaje a través de la *Silva*, Gracián, en este caso, dependería directamente del original.

Maquiavelo considera que solo personas con dos tipos de nacimiento pueden alcanzar el éxito: o los que cuentan con un origen humilde o «dalla fortuna fuera d'ogni modo travagliato». A diferencia de Castruccio, Fernando pertenece a esta segunda categoría. Al fin y al cabo, se trataba de un príncipe hereditario. Gracián relata minuciosamente los problemas que padeció cuando era infante:

Nació y criose no en el ocio, ni entre las delicias del rey Juan su padre, sino en medio de sus mayores aprietos. [...] Príncipe niño se vio cercado en el castillo de Girona con la reina doña Juana su madre, aquella castellana amazona, que capitaneó tantos ejércitos en Navarra, Aragón y Cataluña. Contra un niño y una madre hubo día en que se fulminaron al Castillo cinco mil balas (Gracián, 1649: 14).

Si Maquiavelo renuncia hacer una enumeración de todos los que combinan nacimiento calamitoso y éxito ejemplar, pues «sarebbe cosa a replicare fastidiosa e poco accetta a chi legessi; perció come superflua la ometteremo» (Machiavelli, 2010: 8 [2]), Gracián es menos expeditivo. Muestra el gran número de políticos para los que la adversidad preliminar predice un éxito colosal: «Ayudole mucho a Enrique Cuarto el de Francia para ser rey, gran rey, el haber sido trasladado de la cuna al pabellón» (Gracián, 1649: 15) y «Creció Alejandro al ruido, no de las fiestas y entretenimientos, sino de las hazañas del rey

Felipo su padre, alimentándose de envidia, saciándose de emulación» (Gracián, 1649: 16). Como en Maquiavelo, la conexión entre dificultad genética y triunfo no se limita a unos pocos casos, incluso va más allá de lo empírico. Se trata de una regla universal de la vida política: «Desta suerte se criaron todos los célebres monarcas: esta es la educación de los héroes» (Gracián, 1649: 16).

Los parecidos se extienden en dos direcciones. En ambos la adopción se describe como requisito ineludible de la gloria. Para Maquiavelo y Gracián la causa es idéntica, los excesivos cuidados malogran la virtud. El jesuita afirma categóricamente que los padres, en muchos casos, arruinan el futuro de sus hijos por —exceso o defecto— de atenciones: «El amor o el recelo paterno es fatal escollo, donde dieron al traste muchos sucesores» (Gracián, 1649: 17). Por este motivo, se recuerda que la adopción ha favorecido a varios de los más admirables reyes. Aunque Fernando no fue hijo adoptivo, en una digresión, Gracián expone que muchos emperadores romanos<sup>32</sup> así como el mismo Jaime el Conquistador fueron hijos adoptados:

Desamparó al niño Jaime, famoso conquistador de Aragón, su mismo padre el rey don Pedro, aborrecióle aun antes de engendrarle. [...] y aquí estuvo su mayor dicha; pues sustituyendo el valeroso Caudillo, el Conde Simón Monforte le fue padre y ayo juntamente, que se han de criar los propios hijos como extraños; y los extraños como propios: la primera gala que se puso fue el arnés y aquellos tiernos infantiles miembros, que aun no sabían andar, iban ya crugiendo la malla, y la loriga (Gracián, 1649: 15-16).

Si ser adoptado es una bendición, Castruccio recibió dos formidables gracias. En los primeros momentos de su vida, el expósito —es obvio el paralelismo con otros dos grandes príncipes nuevos como Moisés y Rómulo— recibió el afecto y la educación espiritual de Dianora Castracani y de su hermano el clérigo Antonio (cfr. Machiavelli, 2010: 9-12). La fascinación por el mundo bélico le conduce a Castruccio a adoptar un nuevo padre, el *condottiero* Francesco Gunigi. A Castruccio no le supone ningún trauma el cambio familiar:

E un giorno chiamotolo [Francesco a Castruccio], il dimando dove piu volentieri starebbe, o in casa d'uno gentile uomo che gli insegnasse cavalcare e trattare armi, o in casa di uno prete, dove non si udisse mai altro che ufizii e messe. Cognobbe messer Francesco quanto Castruccio si rallegrò sentendo ricordare cavagli e armi; pure, stando un poco vergognoso, e dandogli animo messer Francesco a parlare, rispuose che, quando piacesse al suo messere, che no potrebbe avere maggiore grazia che lasciare gli studii del prete e pigliare quelli del soldato (cfr. Machiavelli, 2010: 13-14).

---

<sup>32</sup> «Socorrían los emperadores romanos su cansada vejez con ir introduciendo en Césares sus hijos, y cuando no los hallaban en la naturaleza, los buscaban en la adopción» (Gracián, 1649: 17).

Podemos contemplar, entonces, la tercera coincidencia. Como historiador, Maquiavelo parece renuente a otorgar el definitivo cetro político a ningún personaje. Más aún, algunos de los más interesantes y recordados personajes de *El príncipe* quedan lastrados por el reproche. Borgia falló en el momento clave, a Fernando se le acusa de una miserable política religiosa. Solo Castruccio detiene la suspicacia. En *Castruccio* —la más alta cota del determinismo maquiaveliano—, es solo la caprichosa deidad la responsable de la caída del valeroso luqués:

Ma la fortuna, inimica alla sua gloria, quando era tempo di dargli vita, gliene tolse, e interrompe quegli disegni che quello molto tempo innanzi avea pensato di mandare ad effetto, né gliene potea altro che la morte impedire (Machiavelli, 2010: 49).

El secretario ahorra cualquier pega a este secundario de la historia italiana. Por este motivo, se siente obligado a justificar por qué una figura en sí misma tan virtuosa permanece desconocida para los historiadores. Si bien Castruccio alcanza una virtud extraordinaria, los criterios de admiración política y de enjuiciamiento histórico no dependen exclusivamente de la virtud. De modo jocoso, Platón ya había recordado que la historia política se ocupa, y a veces se fascina, solo de los gobernantes de las grandes ciudades. Así decía Temístocles a un envidioso de un pequeño poblado: «Ni yo me haría famoso si fuera de Serifio, ni tú aunque fueras de Atenas» (Platón, 1998: 61 [330 a]).

Con menos sentido del humor se referirá Maquiavelo a este error de los historiadores políticos, más centrados en la fama que en la virtud. Por este error, se admira exaltadamente a Julio César:

Né sia alcuno che s'inganni, per la gloria di Cesare, sentendolo massime, celebrare dagli scrittori: perché quegli che lo laudano sono corrotti dalla fortuna sua e spauriti dalla lunghezza dello imperio, il quale, reggendosi sotto quel nome, non permetteva che gli scrittori parlassono liberamente di lui (Machiavelli, 2001: 226 [I, 10]).

La biografía de nuestro protagonista se cierra con la exaltación de esta figura casi inexistente para la historia universal. Si no se conoce y admira la virtud de Castruccio, se debe a que dominó una pequeña y desconocida ciudad:

E perché vivendo ei non fu inferiore né a Filippo di Macedonia padre di Alessandro, né a Scipione di Roma, e morì nella età dell'uno e dell'altro, ei senza dubbio arebbe superato l'uno e l'altro, se in cambio di Lucca egli avessi avuto per sua patria Macedonia o Roma (Machiavelli, 2010: 66 [185]).

Aunque no se trata de un problema para un Fernando que ha descubierto un nuevo mundo y que fue reverenciado ya en vida como uno de los grandes políticos de todos los tiempos —como ha recordado oportunamente la profe-

sora Egido<sup>33</sup>—, a Gracián también le importa la deformación entre juicio histórico y virtud política. El historiador estaría obsesionado más con la apariencia del fasto que con la solidez de la virtud. La consideración de la grandeza política no solo depende de la virtud, sino de una coyuntura externa:

Reinó en creciente de Imperio, que ayuda mucho a la plausibilidad de un Monarca, depende mucho de la grandeza o de la pequeñez de un rey del Estado de la Monarquía, que va mucho de reinar en su creciente, al reinar en su menguante (Gracián, 1649: 27).

Más aún, la misma reflexión de Maquiavelo hace acto de presencia en las páginas de *El político*. Existen grandísimos políticos, llenos de virtud, que no son valorados en su justa medida por haber gobernado sobre regiones más desconocidas o pequeñas:

Nada le debió a César el valeroso Carlos de Borgoña y nada debió a Octaviano el grande Cosme de Florencia, que si fueron más celebrados aquellos, no fue por ser mayores hombres, sino por ser mayores príncipes (Gracián, 1649: 26).

Si *El príncipe* y los *Discursos* no fueran obras fundamentales para el pensamiento político, el examen de las similitudes entre *El político Don Fernando el Católico* y el corpus maquiaveliano debería haber empezado por la biografía de Castruccio. Existe un primer motivo muy fácil de aceptar: ambas obras pertenecen a un mismo género. No solo se trata de biografías breves, sino que la mirada completamente positiva sobre el biografiado los convierte en *elogia*. Las afinidades se extienden también por lo material, siendo numerosas y, sobre todo, inesperadas. Ambos defienden que el gran político ha de haber sufrido un origen adverso, exaltan la adopción como mecanismo para adquirir una buena formación política. Los textos quedan hermanados por identidades imprevisibles y contraintuitivas. Si Maquiavelo parecía condenado a ello por relatar la vida de una figura provinciana, sorprende que Gracián reproche a los historiadores fijarse solo en la fama de los actores políticos de los grandes países —idea clave para entender a *Castruccio*— cuando precisamente él, de hecho, escribe la biografía de uno de los más famosos políticos modernos, regente, incluso descontando a las castellanas posesiones americanas, de un imperio en el Mediterráneo. Quizá no tan numerosas como en el caso de *El príncipe*, la especificidad de estos paralelismos obligan a considerar *La vida de Castruccio Castacani* —más el original que la versión de Mexía— si no como fuente del *elogium* que Gracián dedica a Fernando el Católico, sí como algo más que «una influencia latente y genérica» (Peralta, 1969: 58).

---

<sup>33</sup> «Había gozado de un amplio prestigio desde Lorenzo Valla, Lucio Marineo Sículo y Baltasar Castiglione» (Egido, 2010: 13).



## VI

Son muchas las ideas que Gracián y Maquiavelo comparten. Las coincidencias son numerosísimas en el plano político. La identidad de su cosmovisión se extiende a aspectos antropológicos y metafísicos. Además, a su metodología política, siempre sospechosa de los historiadores oficiales —fáciles de seducir por las apariencias y los regalos del poder—, a ninguno de los dos les tiembla el pulso a la hora de expulsar a famosos gobernantes del panteón: si Maquiavelo se carga a un César, Gracián excluye a un Alfonso X el Sabio. Son tan numerosas las similitudes que el hecho de que en *El político* jamás se cite el nombre de Maquiavelo parece un detalle sin importancia<sup>34</sup>. Incluso si Gracián jamás hubiera leído ninguna de las obras del Secretario florentino —lo que parece muy improbable—, sus obras pertenecen a la misma familia espiritual. Si no se declara a Gracián obsesivo lector de Maquiavelo, habrá que aceptarlo como un alma paralela, un hermano en la familia del realismo político. Si se niega la influencia material, habrá que aceptar un acuerdo aun mayor: la identidad espiritual.

En ningún caso se tratará de un parecido genérico —como algunos autores recientes, siguiendo la estela de Maravall, han sostenido—, sino de una radical coincidencia temática. Gracián no se explaya acerca de cuestiones, como ha sugerido Zuloaga, ineludibles para un pensador político de la España de mediados del XVII, problemas que por tanto no indican un conocimiento o vinculación específica con el Secretario<sup>35</sup>. Basta comparar *El político* con la segunda parte del *Gobierno de Cristo* —publicada cinco años después— para mostrar cómo la influencia latente de Maquiavelo —o, según las palabras de Maravall, «el plano en que Maquiavelo acertó a colocar la reflexión política»— no exigía

---

<sup>34</sup> El nombre aparece, en cambio, en Gracián (2009: 164-165): «Estaba la plaça hecha un gran corral del vulgo [...]. A tan mecánico aplauso subió en un puesto superior [...] elocuentísimo embustero [...] comenzó a hacer notables prestigios [...]. Entre otras burlas bien notables, les hacía abrir las bocas y aseguraba les metía en ellas cosas muy dulces y confitadas, y ellos se lo tragaban; pero luego les hacía echar cosas asquerosísimas, inmundicias horribles, con gran desaire de ellos y risa de todos los circunstantes. [...] ¿Quién piensas tú que es este valiente embustero? Este es un falso político llamado Maquiavelo, que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y verdaderos? Y, bien examinados, no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados: razones, no de Estado, sino de establo. Parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua, y arroja fuego infernal que abraza las costumbres y quema las repúblicas».

<sup>35</sup> «Después de Maquiavelo y de su filosofía, después de aquello que podríamos llamar giro maquiaveliano y que consistiría en la escisión definitiva de política y moral [...], si encontramos ese dejo de maquiavelismo en su filosofía [...] no es tanto porque Gracián lo sea, como porque después de dicho giro no será ya posible ligar los razonamientos morales o religiosos a los políticos» (Zuloaga, 2010: 171).

tanta identidad, tantos paralelismos. Esta actitud no solo rebaja la especificidad del pensamiento de Maquiavelo, sino la rica variedad —limitada siempre por la convicción de que no existe una contradicción *de jure* entre la identidad religiosa y la política del gobernante— del pensamiento español del Siglo de Oro. El recuerdo a las obras de Maquiavelo en *El político* no se debe a un proceso histórico general de cambio de intereses en el pensamiento político, sino a —si el conocimiento directo no ha quedado demostrado— a una coincidencia fundamental de dos planteamientos hermanos —casi gemelos— en su concepción del realismo político.

Vistas estas coincidencias, parece obligado responder afirmativamente a la interrogación que ha marcado la historiografía del pensamiento político español desde hace más de un siglo: ¿es Gracián maquiavélico? La respuesta, sin embargo, no puede ser inocente porque la pregunta, como muchos investigadores ya han señalado, jamás lo fue<sup>36</sup>. La cuestión no procedía necesariamente del interés en conocer la relación entre las ideas de dos importantes pensadores, sino que existía una ambición de solucionar o más bien de proclamar una idea ya preconcebida sobre la naturaleza de Gracián, si no de la cultura política del Siglo de Oro español. Cuando nuestras inquietudes son imperiosamente maximalistas —¿es esencialmente ortodoxa la tradición de pensamiento político española?, ¿pertenece a la Modernidad de modo pleno?—, las respuestas suelen ser o imprecisas o innecesarias: la investigación del detalle importa poco y solo buscamos confirmar lo que ya se consideraba cierto, demasiado importante y fundamental como para aceptar que la respuesta la dé el análisis filológico. Prueba de la infertilidad de este acceso reside en que *La vida de Castruccio Castracani* —a pesar de sus numerosos parecidos estilísticos— hubiera pasado completamente desapercibida como fuente de *El político*.

Quizá la pregunta correcta —menos cargada de connotaciones, más razonablemente irrelevante— sea: ¿es Gracián maquiaveliano? La respuesta es decididamente afirmativa. *El político Don Fernando el Católico* no se vincula con las ideas políticas más llamativas y heterodoxas del realismo político, sino con las ocurrencias que, más allá del demonismo caricaturesco, crean la brillantez estilística y el atractivo político de Maquiavelo.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Aristóteles (2008). *La política*. M. García Valdés (trad.). Madrid: Gredos.  
 Analdi, S. (2008). «Maquiavelo y Gracián: de la soberanía a la gubernamentalidad», en J. M. Forte y P. López Álvarez, *Maquiavelo y España*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 99-110.

<sup>36</sup> La postura de Cantarino (2001: 151) me parece ejemplar: «Estas dos posturas maquiavelismo y antimachiavelismo serán sostenidas con frecuencia según las propias convicciones del crítico que las analiza independientemente de que se presenten o no argumentos en las obras gracianas».

- Barbosa Homem, P. (1629). *Discursos de la jurídica y verdadera razón de Estado contra Machavelo y Bodino*. Coimbra: Nicolao Carvallo.
- Belenguer, E. (1999). *Fernando el Católico*. Barcelona: Península.
- Benoist, C. (1907). *Le machiavélisme avant Machiavel*. Paris: Plon.
- Cantarino, E. (2001). «El Gracián pensador (siglo XX)», en *Baltasar Gracián: estado de la cuestión y nuevas perspectivas*. Zaragoza: Gobierno de Aragón-Institución Fernando el Católico.
- Checa, J. (2003). «El más plástico saber: Gracián y la disimulación», en A. Egido, C. Marín y L. Sánchez (ed.), *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001)*. Zaragoza-Huesca: Gobierno de Aragón.
- Dini, V. (2003). «Introduzione», en B. Gracián, *Il politico don Fernando il Cattolico*. Nápoles: Bibliopolis.
- Egido, A. (2010). «La crisis juiciosa y El político Don Fernando el Católico», en B. Gracián, *El político Don Fernando el Católico*. Jaén: Almuzara.
- Fernández Santamaría, J. A. (1986). *Razón de Estado y pensamiento político español del Barroco (1595-1640)*. Madrid: Centro de estudios constitucionales.
- Ferrari, Á. (2006). *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Goicoechea, A. (1941). «Discurso», en C. Silió, *Maquiavelo y el maquiavelismo en España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Gracián, B. (2009). *El criticón*. S. Alonso (ed.). Madrid: Cátedra.
- Gracián, B. (1649). *El político don Fernando el Católico*. Ámsterdam: Juan Blaeu (con licencia en Huesca por Juan Nogués, 1646).
- Hidalgo Serna, E. (1993). *El pensamiento ingenioso en Baltasar Gracián*. Barcelona: Anthropos.
- Kagan, R. (2003). «Gracián y los historiadores de su tiempo», en A. Egido, C. Marín, L. Sánchez (ed.), *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001)*. Zaragoza-Huesca: Gobierno de Aragón.
- Legaz y Lacambra, L. (1941). «Apéndice», en G. Mosca, *Historia de las doctrinas políticas*. L. Legaz y Lacambra (trad.). Madrid: Revista de Derecho Privado.
- Maravall, J. A. (1966). *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid: Sociedad de estudios y publicaciones.
- Maravall, J. A. (1999). *Estudios de historia del pensamiento español. El Siglo del Barroco*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Marietti, M. (1978). «La figure de Ferdinand le Catholique dans l'oeuvre de Machiavel: naissance et declin», en A. Rochon (ed.), *Présence et influence de l'Espagne dans la culture italienne de la Renaissance*. Paris: Université de la Sorbone Nouvelle.
- Machiavelli, N. (1997). *Dell'arte della guerra*, en N. Machiavelli, *Opere*. C. Vivanti (ed.). Torino: Einaudi, vol. I.
- Machiavelli, N. (2001). *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, en N. Machiavelli, *Opere*. C. Vivanti (ed.). Torino: Einaudi, vol. II.
- Machiavelli, N. (2006). *Il principe*. Mario Martelli (ed.). Roma: Salerno.
- Machiavelli, N. (2010). *Vita di Castruccio Castracani*, en N. Machiavelli, *Opere Storiche*. A. Monteverocchi y C. Varotti (ed.). Roma: Salerno, vol. I.
- Maquiavelo, N. (1821). *El príncipe*. Madrid: Imprenta de León Amarita.
- Martínez Lorca, A. (2014). «Baltasar Gracián y la crítica política en la estela del antimachiavelismo», en M. González García y R. Herrera Guillén (coords.), *Maquiavelo en España y Latinoamérica*. Madrid: Tecnos, pp. 205-225.
- Mexía, P. (2003). *Silva de varia lección*. I. Lerner (ed.). Madrid: Castalia.

- Platón (1998). *La república*. C. Eggers Lan (trad.). Madrid: Gredos.
- Peralta, C. (1969). «Baltasar Gracián en su vida y en sus obras», en B. Gracián, *Obras completas*. M. Batllori y C. Peralta (ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Ribadeneira, P. (1946). *Tratado de la religión y virtudes que el príncipe cristiano debe tener*. Buenos Aires: Sopena.
- Rius, R. y M. Casas (2010). *El príncipe de Maquiavel*. Castellón-Barcelona: Fundació Germà Colón.
- Ruiz, J. J. (2013). «Nicolás Maquiavelo en el pensamiento político español del Siglo de Oro», *Revista de estudios histórico-jurídicos*. XXV, pp. 771-781.
- Salazar, D. (1536). *De re militari*. Alcalá de Henares: Miguel de Eguía.
- Salazar, D. (1590). *De re militari*. Bruselas: Roger Velpius.
- Saralegui, M. (2011). «El Castruccio di Mexía», *Interpres*. XXX, pp. 256-271.
- Saralegui, M. (2012). *Maquiavelo y la contradicción*. Pamplona: Eunsa.
- Saralegui, M. (2013). «El príncipe afortunado: Fernando el Católico en la obra de Maquiavelo», en I. Zorroza (ed.), *Virtudes políticas en el Siglo de Oro*. Pamplona: Eunsa, pp. 29-48.
- Saralegui, M. (2014). «¿Es Maquiavelo determinista? Respuesta a una sugerencia de Pedro de Ribadeneira», en C. González Ayesta y M. Lecón (ed.), *Causalidad, determinismo y libertad. De Duns Scoto a la Escolástica Barroca*. Pamplona: Eunsa, pp. 83-101.
- Silió, C. (1941). *Maquiavelo y el maquiavelismo en España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sobejano, G. (1983). «Gracián y la prosa de ideas», en F. Rico (ed.), *Historia y crítica de la literatura española III, Siglos de Oro: Barroco*. Barcelona: Crítica, pp. 904-929.
- Soto, R. (2006). «El concepto de ocasión en Baltasar Gracián», *Conceptos: revista de investigación graciana*. III, pp. 69-84.
- Tierno Galván, E. (1961). «Introducción», en B. Gracián, *El político*. Salamanca: Anaya.
- Zarka, Y. C. (1997). *Hobbes y el pensamiento político moderno*. Barcelona: Herder.
- Zuloaga, J. D. (2010). «El problema del maquiavelismo en la obra de Baltasar Gracián», *Cuadernos salmantinos de filosofía*. XXXVII, pp. 145-171.

Fecha de recepción: 24 de octubre de 2014.  
 Fecha de aceptación: 7 de abril de 2015.